

# VETILIO ALFAU Y RODRIGUEZ DEMORIZI:

## LA HISTORIA DE DOS MODESTIAS

Por **Angela Peña**

Por primera vez en sus largos años de vida dos hombres recibieron un homenaje público.

Tal vez debido a esa singular primacía, Don Emilio y Don Vetilio parecían tan regocijados como dos niños que celebran un ansiado cumpleaños.

Nunca habían permitido reconocimiento. Con ambos fue preciso insistir para que aceptaran que el Museo Nacional de Historia y Geografía designara la Biblioteca y la Sala de Conferencias con sus nombres.

“Aguanta eso, te aviso”, fue la reacción de Don Emilio.

La de Don Vetilio fue un “ay no”...

El licenciado José Chez Checo, director del Museo, tuvo que valerse de muchos cómplices para que ambos confirmaran sus presencias.

Don Vetilio Joaquín Alfau Durán es la más suprema manifestación de la modestia. Lo dijo esa noche su ponderador, el doctor Troncoso Sánchez: ...“La segunda causa es la incorregible modestia del autor, que no da importancia a



su propia producción, como lo evidencia el hecho de que no la hace figurar en su curriculum vitae”, expresó refiriéndose a los pocos libros publicados por el eminente historiador higüeyano.

“Vetilio me confesó hace días que él no tenía curriculum vitae”, exclamó Don Pedro, arrancando estruendosas carcajadas de la concurrencia.

Esa particular virtud de Don Vetilio la conocen todos los que le ocupan con frecuencia, interrumpiendo su descanso, para solicitarle datos.

Contrasta con su generosidad para ofrecer sin reparos, sin horas cuanto sabe de historia dominicana —que es casi todo— a investigadores, historiadores, estudiantes u otros científicos que se lo solicitan.

La noche del homenaje por primera vez, se vio a Don Vetilio con ropa de calle, elegante. Vestía saco, pantalón de ocasión muy especial y corbata.

Esa fue otra novedad, porque Don Vetilio siempre está en pijamas y pantuflas. En esos atuendos recibe, conversa y despide.

Su fiel doña Nonita lo llevaba del brazo por los pasillos del Museo en donde se dieron cita todos los intelectuales amigos de la familia y los parientes más cercanos.

Probablemente no va a haber una fiesta similar en la familia Alfau-Del Valle. Por eso los hijos, Salvador, Vetilito y Manuel andaban también trajeados y lucían contentos y hasta todavía sorprendidos porque su papá, al fin accedía a recibir un reconocimiento.

“De lo que estamos seguros es de que no va a hablar”, afirmó Vetilito. No habló, pero mucho fue que asistiera y permitiera el homenaje.

Ya en la casa había habido muchos regaños al historiador por ese personal “encerramiento”.

“Yo les puedo recomendar que designen esa sala con el nombre de Francois Fausto Sevez, a quien nadie casi



recuerda ni reconoce, pero fue un gran historiador dominicano”, le aconsejó Don Vetilio a Chez Checo cuando éste fue a anunciarle la decisión del Museo.

Pero el director dejó en el aire la negativa de Don Vetilio. No la aceptó como definitiva porque faltaba intentar lograr complicidad con los hijos y la esposa.

Gracias a sus esfuerzos pudo el Museo realizar uno de los más hermosos actos de los que ha llevado a cabo en el poco tiempo que tiene inaugurado.

La concurrencia fue selecta y notable. El ambiente era de regocijo sincero, de orgullo para muchos de los familiares de los homenajeados.

Fueron muchos mayores que, como Don Vetilio, casi nunca salen ni asisten a ninguna clase de actos. Acudieron para estar junto al amigo consecuente al que nunca habían acompañado en ningún acto en su honor porque éste fue el primero que aceptó. Con muchos regateos.

Don Emilio, por su parte, hizo uso de la confianza que tiene con quien sirvió de intermediaria para que accediera a ir a eventos y con su expresión rápida y con la misma inicial terquedad que Don Vetilio, le expresó:

“Dejen eso para cuando ya me muera”. De nada valió que se insistiera explicándole las motivaciones del Museo.

“No, no. Hablemos de otra cosa...”.

Pero se hizo igual que Don Vetilio: nadie se dio por vencido.

Como a la semana de esta conversación la autora de este trabajo llamó a Don Emilio para engañarlo como si se tratara de un niño que, realmente, se deja confundir con los argumentos de un mayor.

No se le mencionó la palabra homenaje. La dije: “Don Emilio, estoy escribiendo una relación de sus obras, voy a



leérselas a ver si me falta alguna, pero acomódese, que la lista es larga”.

Al concluir la lectura, que a pesar de ir como una carretilla tomó largo tiempo, la reacción del más prolífico de los historiadores dominicanos fue ésta:

“¡Diablos!... ¿Y cuántas son? Cuéntalas y llámame otra vez”.

Así se mantuvo una reiterada conversación telefónica que anunciaba un nuevo libro cada vez, mientras, por otro lado, Frank Moya Pons auxiliaba en la tarea de vencer la “tozudez Demoriziana”.

“Mira Angela, Telesforito Calderón tiene fichadas 108 publicaciones mías, pero él no las tiene todas. Te voy a dar los nombres de algunos folletitos que no me mencionaste”.

Ese entusiasmo, se advirtió, era señal de que acabaría diciendo que sí.

Grande fue el entusiasmo cuando el señor Chez llamó para anunciar que ya Don Emilio había aceptado y que ahora se estaba ocupando —Rodríguez Demorizi— de vencer a Don Vetilio.

“Le dije a Vetilio que tiene que ir, que se deje de cosas”, expresó el fecundo historiógrafo.

El sí de Don Vetilio, entretanto, era esperado con la misma ansiedad con que los hombres aguardan la positiva respuesta de una quinceañera.

Fue igualmente celebrado con júbilo el día que, al llamarlo para confirmar un dato de Don Emilio, Don Vetilio confirmó su presencia.

## EN EL HOMENAJE APODOS Y TUTEOS

El martes por la noche fue una ocasión de gala, de encuentros como hace tiempo no tenía lugar en el país.



Casi todos eran gente importante y pública, pero hablaban entre sí de asuntos intrascendentes para el público, sólo interesantes para ellos que, en años, no se juntan.

Se oyó a los mayores —entre los que había de 80 años o más— tutearse.

“Vetilio, pero tú luces muy bien”, le declaraba Don Augustín Concepción al homenajeado y, mientras éste le contestaba con un “que va...”, por otro lado, un conocido octogenario le señalaba al doctor Troncoso Sánchez.

“¿Pedrito: dejaste de usar los lentes de contacto?”.

No había tratamiento de don, doctor o señor. Se llamaban por apodos y diminutivos. Se oía que con frecuencia, todos se dirigían a Lugo Lovatón como “Ramoncito”, a Goico Castro como a “Manolín”, al doctor Goico Morales como “Carlitos”.

Estuvieron presentes, además entre otros Emilio Cordero Michel, César Herrera, José del Castillo, Bernardo Vega, Manuel García Arévalo, Francisco Elpidio Beras, Juan Jacobo de Lara, María Ugarte, Ivelisse Prats de Pérez, General Ramiro Matos, Antonio Lluberes, Rafael Kasse Acta, Julio Aníbal Sánchez, Francisco Alberto Henríquez, José Joaquín y Radamés Hungría, Jorge Tena Reyes, Arístides Incháustegui.

Gustavo Taveras, Rosa María Vicioso de Mallol, Fernando Pérez Memén, Marisol Florén, Plinio Pina, Rosa del Castillo de Rodríguez, Manuel Ramos Fernández, Francisco Dorta Duque, Samuel Pión, Silvestre Emilio Contín, Belkiss Adrover de Cibrán, Tiberio Castellanos, Antonio López Rodríguez-Demorizi, Alina viuda Florén, Estrella B. Pujadas, Luis Scheker (padre), Nieves Rodríguez Demorizi, Ana Judith de Alfau.

Parece que todos andaban muy buenos mozos porque unos y otros se tiraban flores y piropos alabando la lucidez, la memoria, la elegancia, la perfecta apariencia, la fortaleza, la excelente visión y mejor oído de cada uno.



**El Museo Nacional de Historia y Geografía distribuyó un folleto con los datos biográficos de los homenajeados que, junto a los discursos de Frank Moya Pons y Pedro Troncoso Sánchez constituyen documentos valiosos para conocer, también por primera vez, la labor callada y constante de los dos vivientes padres de la historia dominicana.**

*\*Listín Diario, 25 de abril, 1982.*

